

Reseñas

ABRAHAM NOSNIK (coord.), *Caminos de apertura. El pensamiento de Karl R. Popper*, México, Trillas/ITAM, 1991, 166 pp.

Para el pensamiento liberal del siglo veinte hay dos puntos de referencia inexcusables en la obra de Friedrich Hayek y de Karl R. Popper. Son en mucho parecidos, pero en mucho también diferentes y es lástima que en las discusiones recientes sobre el liberalismo se acuda tan rara vez a ellos.

En ambos hay un rechazo espontáneo, visceral casi, de los acentos sansimonianos de casi todo el pensamiento social decimonónico. Un rechazo que, de manera lógica, los vincula con la Ilustración, y sobre todo con la escuela escocesa. En Hayek, sin embargo, hay algunos supuestos, algunos razonamientos que lo aproximan al tradicionalismo de Burke; Popper, en cambio, está mucho más cerca del reformismo utilitarista, y quiere ser, más que liberal, demócrata.

Por desgracia, en México es mucho menos conocido, y menos popular, Hayek, pero tampoco es frecuente encontrar trabajos sobre Popper. Es por eso interesante un libro como el que ha coordinado Nosnik: porque hace falta discutir las ideas de Popper que, en ocasiones, condensan buena parte de nuestro "sentido común". Por eso mismo, sin embargo, el libro resulta insuficiente. Se echa de menos en él algún ensayo crítico de la obra de Popper, un estudio de sus inconsistencias, de sus limitaciones, que también las tiene.

Javier Elguea y Juan Manuel Ortega firman el artículo más general del volumen; una visión de conjunto, digamos, de las ideas científicas y sociales de Popper. Y anotan de entrada, como cosa notable, que la filosofía social de Popper no es bien conocida ni ha tenido muchos adeptos.

Es curioso, sin duda, pero no tan extraño. El propio ensayo de Elguea y Ortega permite conjeturar las causas; algunas de ellas, al menos. Es difícil reunir las ideas sociales de Popper, es difícil armar con ellas una teoría y un método coherentes, y mucho más difícil aceptar todas las consecuencias que Popper propone.

La mayor dificultad estriba en hacer compatible el riguroso "racionalismo" que guía sus argumentos con instrumentos metodológicos como la "lógica situacional" o el análisis de las "consecuencias inesperadas" de la acción. En ambos casos es fácil reconocer el sello peculiar de la ilustración escocesa, sobre todo de Hume, uno de los dioses tutelares de Popper; sin embargo, no es claro que pueda fundarse en ellos un individualismo consecuente.

De hecho, ambas ideas nos alejan bastante del reformismo racionalista, científico en realidad, que quisiera Popper, y nos aproximan en cambio a la epistemología y la filosofía social conservadoras de Edmund Burk o de

Michael Oakeshott. De hacerle caso, no habría que imaginar individuos calculando racionalmente su curso de acción, sino corrientes de tradición, hábitos, prejuicios, como fundamento histórico y colectivo de las decisiones individuales.

Es posible, pues, andar con Popper una parte del camino, pero es difícil seguirle hasta el final. Es difícil con su método, pero también con su defensa de la democracia. Porque se hace de ella una imagen muy poco verosímil.

Los procedimientos democráticos se asimilan, para él, a la lógica del conocimiento científico; un paralelismo que señala con detalle el artículo de Agustín Llamas en el volumen que comento. Esto es, que son o deberían ser procesos de aprendizaje mediante el ensayo y la corrección de errores (como quien dice, de conjeturas y refutaciones). Una imagen, cierto, con la que puede sentirse cómodo, incluso satisfecho el sentido común, pero que en la práctica no sirve casi de nada.

Podría aceptarse, por el bien del argumento, un esquema abstracto que hiciese de la política un proceso de ensayo y error. Pero enseguida habría problemas serios. Los "errores" políticos no son nunca errores para todos; quiero decir, que son desfavorables sólo para una parte de la sociedad. Y por eso mismo, nunca podrían generar mecanismos de corrección automática como los del proceder científico honesto.

Ocurre, de hecho, lo contrario de lo que imagina Popper. Los errores crean intereses, crean grupos, instituciones que por necesidad se han de empeñar en mantener el mismo curso. La supresión de "errores" políticos puede ser sumamente costosa o, de plano, incosteable. Y puede ser lo más razonable en muchos casos perseverar en el error.

Ese tipo de tropiezos, por llamarlos así, no son evidentes de inmediato en la obra de Popper porque su proceso de abstracción está sesgado por su rechazo del "holismo". No puede aceptar nada que se parezca al "espíritu" de una institución o de un grupo, o que cuente con que tengan éstos una lógica propia y distinta de la de los individuos que los componen.

Las instituciones son fórmulas para la solución de problemas. Arreglos técnicos nada más, y como tales flexibles y abiertos a un análisis puramente racional. Porque es la única conclusión consistente con su postulado, terminante, de que la sociedad no es más que la suma de los individuos que la componen.

Otra vez, Elguea y Ortega enuncian con claridad el supuesto, y detallan las consecuencias que Popper quiere extraer de él. Y otra vez el sentido común parece darle la razón; pero el propio Popper da pie para complicar las cosas. De hecho, la sola idea del Mundo 3, una bonita construcción popperiana, lo pone en aprietos.

El Mundo 3, enteramente "real" y "objetivo" según Popper, está poblado por conceptos, normas, valores, instituciones, que sobrepasan a los individuos y los sobreviven, que actúan sobre ellos y los acompañan siempre. De modo que no estamos solos en la sociedad. Junto a nosotros, en el Mundo 3, y formando parte de nuestra "comunidad" están, en la hermosa frase de Burke, todos aquellos que han muerto y aquellos que todavía no han nacido.

Lo más curioso es que, por un camino o por otro, algunas de las ideas de Popper terminan por dar en el "historicismo" o en el "holismo". Terminan, para decirlo en sus términos, prestándose para ser usados por los enemigos de la sociedad abierta.

Pero es algo que no tiene remedio. Porque apenas es posible dar un paso en la historia de las ideas sin incurrir en alguna forma de "historicismo". Un enemigo cuyo nombre es Legión, y que cuenta no sólo con Platón, Hegel y Marx, sino con Burke, Rousseau, Comte, Mill, Bergson, incluso Wittgenstein, y todos quienes están de algún modo emparentados con ellos.

Aquí toca fondo, en mi opinión, la filosofía social de Popper, y es una pena que ninguno de los ensayos del libro de Nosnik se ocupe de ello.

Cuando hace historia de las ideas, Popper tiene un estilo muy personal, cierto e incluso popular, pero difícilmente defendible. Sus reconstrucciones, sus modelos y sus conceptos son a veces sugerentes, pero siempre arbitrarios. Intenta escribir de nuevo toda la historia del pensamiento social, organizarla a partir de sus propios criterios, y el resultado es bastante confuso, por decir poco. Y no es, por cierto, lo de menos que decida llamar "historicismo" a las ideas afines al evolucionismo, o "proteccionista" al modelo de Estado liberal.

Más grave es, sin embargo, la ambigüedad con que define a la sociedad abierta. Con una extraña imprecisión, la hace a veces sinónimo de civilización, y otras la usa como equivalente de orden liberal, de orden democrático o de organización racional de la vida social.

En su versión, todo lo deseable cabe dentro de la sociedad abierta: seguridad, libertad, democracia, Estado, progreso; todo aparece reunido en una solución que nunca tiene perfiles del todo claros.

Por todo eso, es difícil que el pensamiento social de Popper llegue nunca a formar escuela. De hecho, los ensayos del libro de Nosnik hablan, con sus silencios, en ese sentido. Es posible usar algunas de sus críticas al marxismo, por ejemplo, o aprovechar al Mundo 3 para argumentar en favor de una evaluación racional de las reglas morales o jurídicas, pero poco más.

Caminos de apertura, dice el título, y así podría ser. Popper ha abierto caminos de enorme importancia; pero para andar lejos por ellos hay que aceptar también un poquito de historicismo, un poquito de holismo, y aceptar acaso un modelo normativo que no tenga todo lo que promete la sociedad abierta, pero que sepa salvar lo mejor de ella.

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO

HENRY R. NAU, *The Myth of America's Decline: Leading the World Economy into the 1990's*, Oxford, Oxford University Press, 1990, 424 pp.

Henry Nau ha tenido la oportunidad, como varios académicos estadounidenses, de combinar el trabajo de investigación con la experiencia en el cumplimiento de tareas dentro del gobierno. Sirvió primero como asistente del De-